

*
**

He aquí el lenguaje que me hablaban los esqueletos de las Arenas de París, en su silencio mil veces más elocuente que cualquier humano discurso. Me decían así : « Todo pasa pronto, todo ha pasado, todo pasará. La vida es corta y el hombre pasa mucho más tiempo muerto que vivo. Pero esto que llamáis muerte, como eso á que dais el nombre de vida, no es más que apariencia. Metamórfosis eterna del porvenir universal. Nosotros morimos con la Galia; y sin embargo ya lo veis : sobre nuestros sepulcros florece la rosa, canta el pájaro, se llenan los nidos de murmullos, sueña el pensador y observa, esparce el sol su luz vivificante y la naturaleza entera continúa su obra. Vuestros ojos de carne no ven la verdad; aspectos, formas, accidentes, son fugitivos y pasajeros : lo que perdura, lo que vive, lo que rige el mundo es lo invisible. No viváis con los sentidos, vivid con el espíritu. »

LA MOMIA. (*)

Suprema emoción cortó las conversaciones en los labios, los alientos quedaron como suspendidos en los pechos y paralizadas las palpitations del corazón de cada uno de los que presenciaban el acto, cuando el egiptólogo, inclinado sobre el sudario, leyó, en caracteres irrecusables escrito, el nombre ilustre de Sesostris, rey de los dioses y de los hombres, faraón contemporáneo de Moisés que desde tres mil trescientos años antes dormía allí su último sueño. Ya sobre la cubierta de madera del ataúd habían descifrado los orientalistas el nombre real, contenido en el acta del embalsamamiento escrita por el gran sacerdote : pero la inscripción del sudario disipaba las últimas dudas. Fué levantada la mortaja con precauciones infinitas, viéndose que, debajo de ella, ancha banda de tela envolvía el cuerpo ; desarrolláronla, y encontróse un segundo sudario cosido ; luego dos capas de cintillas y una pieza de finísima tela que protegía el cadáver, de la cabeza á los pies. Modelaba esta tela las formas todas del cuerpo, grande y sólidamente constituido, y en ella aparecía pintada con colores rojo y negro una imagen de la diosa Monit, de un metro de altura. Al

(*) Refiérese el autor á la momia de Sesostris, encontrada en 1º de Junio de 1886 por M. Maspero en Deir-el-Bahari.

levantar esta pieza de tela no apareció aún el cuerpo del conquistador, envuelto todavía en telas finas impregnadas de aromas, de licor de cedro, de mirra, de cinamomo, de todos los perfumes de que se sirvieran los embalsamadores. Desligadas quedaron aquellas últimas vestiduras, y sólo entonces apareció á os ojos de todos, el héroe de Tebas, de Karnac, de Luxor, de Rameseum y de Tanis.

¡Imagen imperecedera! Muerto estaba, sin duda alguna; pero, en la apariencia, dormido desde poco tiempo antes. Parecía que si alguien se hubiese atrevido á ensayar los efectos de una corriente eléctrica aplicada de la nuca á los pies, habría podido estremecerse aquel cuerpo, como esos cadáveres de anfiteatro sometidos á los experimentos de la ciencia moderna; agitarse aún, con movimientos convulsivos; enderezarse, abrir los ojos, hablar tal vez!... Grande y noble en el silencio de la muerte, reconocíasele allí tan bien como en esas estatuas de granito pulido que han desafiado las injurias de los siglos y de los hombres. Su cabeza es alargada, pequeña con relación al cuerpo; el cráneo está enteramente desnudo; hacia los temporales cabellos blancos, pocos, más espesos en la nuca, donde forman verdaderas guedejas lacias y rectas de unos cinco centímetros de longitud. La frente es baja, estrecha; saliente el arco superciliar; blancas y pobladas las cejas; los ojos pequeños; la nariz larga, fina y acaballada; cóncavas las sienes; prominentes los pómulos; redondas y agujereadas las orejas; la mandíbula fuerte y poderosa; la barbilla muy alta.

La boca es poco hendida, bordeada de labios espesos y carnosos y contiene algunos dientes desgastados

y rotos pero blancos y bien limpios. El bigote y la barba que no debieron ser muy abundantes, cuidadosamente afeitados en vida, habían crecido después de la muerte. La piel es de un color amarillo terroso, con algunas manchas negras.

No menos bien conservado que la cabeza se halla el resto del cuerpo, pero su aspecto exterior ha sido más profundamente modificado por la reducción de las carnes. El diámetro del cuello es sólo el de la columna vertebral; el tórax es ancho, altos los hombros, y los brazos se cruzan sobre el pecho terminados en manos finas que enrojece aún la tintura del henné empleada para el postrer adorno. Descarnados están los muslos y las piernas; los pies son largos, estrechos y algo planos, estando también teñidos de henné como las extremidades superiores. Es el cadáver de un anciano vigoroso y robusto. Duerme. Lo descubrieron, se lo llevaron, y expuesto está en el museo de Boulak; tal vez algún día lo veamos llegar á París para reunirse á su obelisco y á su estatua, que le han precedido en el camino de la Babilonia moderna.

*
**

Sí; vedlo ahí al faraón soberbio que con un signo de su mano, con una mirada nada más, podía ordenar el suplicio ó la muerte de millares de esclavos; ved ahí al hombre á quien nadie osaba hablar sino de rodillas, que se titulaba hijo de Dios, Dios mismo, y al que las estampas de la época representan adorándose á sí mismo entre otros dos dioses de la antigua mitología. Desde el fondo de su tumba parece todavía dar

órdenes con voluntad imperiosa y esperar la adoración de sus súbditos. Cuando después de sus victorias volvía triunfador á Tebas dejando vencidos á los Etiopes, á los Khetas, á los Mediterráneos y á los Asiáticos, el rey de los reyes, arrastrado en un carro triunfal, precedido de los clarines guerreros, rodeándole los caballeros cubiertos de oro y de armaduras, desde lo alto de su carroza paseaba desdeñosamente sus ojos cargados de indolencia, extenuados, sobre aquellos millones de hombres llegados de todas partes para aclamar su triunfo. Las ardientes llanuras tebaicas, las riberas del Nilo, pobladas estaban de cabezas tan unidas como los granos en las espigas del trigo que en los campos crece: y hasta donde su vista alcanzaba, ésta caía siempre sobre sus súbditos ó sus esclavos. Sólo después de atravesar la apiñada multitud de sus adoradores admitidos á contemplarle no más que en los días de triunfo, lograba llegar al templo de Ammon-Ra, su padre, donde recibía los homenajes sacerdotales, alcanzando después los pórticos de su palacio en el que le esperaba el harem de sus nuevas conquistas. Ni un solo deseo que no fuese una orden: ni una orden que no fuese un hecho consumado. Tenía sobre todos derecho absoluto de vida ó de muerte.

Ya entonces, y desde tres mil años antes, Egipto estaba en el apogeo de su esplendor y de su gloria. Sesostris ó Ramses II pertenecía á la décima novena dinastía de los reyes egipcios; desde Menelao, el fundador de Menfis, habíanle precedido diez y ocho dinastías de reyes; durante la décima sexta fué cuando Tebas reemplazó á Menfis como capital. Entre Menelao y Sesostris, habían transcurrido más de tres mil años

de gloria... Y aún no hace catorce siglos que comenzó el periodo histórico de Francia!

Existían ya entonces y desde larga fecha, las pirámides elevadas por Khéops y Khefren; la esfinge de Giseh; la capital antigua, Menfis; Abidos la ciudad santa; los colosos de Memnon que hacía hablar el sol al aparecer en el horizonte; Elefantina la rival de Menfis y todas las obras de la espléndida civilización, de la teocracia y de la monarquía, fundadas durante el antiguo y el medio imperio. La Tebas de cien puertas era relativamente reciente, pero representaba los progresos y el lujo de la última civilización egipcia, llegados á su apogeo; el lujo sobre todo, importación de las mujeres de Asia que en los últimos tiempos habían llegado á extender sobre la indolente y fría sociedad de los egipcios el encanto acariciador y lascivo de las voluptuosidades orientales. En los palacios, cubiertos de esculturas, de cuadros, enriquecidos con ornamentos de oro y pedrería, juegos de agua, manando de caprichosos surtidores rodeados de plantas aromáticas aligeraban con grato frescor la temperatura en exceso pesada de aquel clima preferido del sol; bajo los pórticos de mármol gorjeaban pájaros de las especies más raras; perfumes enervantes impregnaban la atmósfera de las cámaras, tapizadas de divanes, de lechos de reposo, de pieles costosísimas, y con frecuencia, por las ventanas abiertas sobre el Nilo, torrentes de armonía parecían salir á perderse en el aire diáfano; notas de arpas, de mandolinas y de cítaras, que la ligera digitación de las jóvenes de desnudos brazos enviaba á lo lejos, á la onda de lo desconocido, como misterioso llamamiento á los sueños de amor.

*
**

Casi á las puertas de Tebas, Karnac y Luxor desarrollaban sus esplendores sobre la orilla derecha del Nilo, en tanto que, en la izquierda, entre palacios y templos, llegábase á la ciudad de los muertos, mucho más poblada aún que la de los vivos, pues el Egipto es la superficie de un inmenso, prodigioso y opulento cementerio, en el que todos los cuerpos estaban embalsamados para la vida futura, aun los de los esclavos. Karnac y Luxor estaban unidas entre sí por mil esfinges. El palacio de Karnac quedaba sostenido por ciento treinta y cuatro columnas, en el capitel de algunas de las cuales podían acomodarse hasta cien hombres en pie; doce de esas columnas median veinte metros de elevación. Es aquello un bosque de piedras, á través del cual la luz que descende de lo alto, llega dividida, oblicua, misteriosa, extraña. Las imágenes pintadas en las columnas con colores muy vivos animan la inmensa sala silenciosa. Por lo que respecta á Luxor, dos obeliscos elevados por Ramsés adornaban la entrada del pórtico; uno de esos monolitos es el que admiramos hoy en la plaza de la Concordia. En la orilla opuesta del Nilo, el Ramescum con sus treinta columnas de capiteles en forma de cáliz y su puerta principal que cubría una chapa de oro puro, era una preciosidad de carácter suntuoso. Dominaba el conjunto el coloso de Ramsés II, de peso superior á un millón de kilogramos. En la roca viva, en las profundidades de la montaña fueron cavadas salas inmensas que suntuosamente decoradas servían para encerrar las tumbas.

Sus únicos habitantes son las estatuas en bajo relieve con ojos de esmalte que se abren en la obscuridad. Puertas de piedras cerradas con el sello sagrado protegen los cadáveres contra la concupiscencia de los vivos y las injurias de la atmósfera, porque allí deben esperar intactos la vida ulterior. Según la religión egipcia el alma dependía del cuerpo aun después de la muerte, reflejándole de lejos en sus actos y sintiendo aun á través del tiempo y del espacio sus mutilaciones ó su descomposición: su individualidad espiritual consideraba indispensable la integridad de sus despojos materiales. De ahí los infinitos cuidados que se le prodigaban al cadáver y el carácter inviolable, que se atribuía. Cuando se abre un sarcófago que en el concepto de aquellos sacerdotes egipcios no debían ver en su interior ojos mortales, queda el curioso confundido de admiración y de respeto en presencia de la sinceridad, de la minucia de cuidados con que los muertos recibieron sepultura después de vestidos y adornados y santificados con amuletos y recuerdos, en varios atués de maderas de distinta clase pero todas preciosas, adornados á su vez interior y exteriormente con dibujos, pinturas, preceptos y ex-votos según la carrera por el difunto recorrida y las esperanzas por su vida futura.

Hace algunos años, cuando yo preparaba la última edición de *Las Tierras del Cielo*, tuve ocasión de examinar, á propósito de las representaciones zodiacales, un elegante sarcófago conservado en la Biblioteca Nacional, en el que fuera sepultado un joven de veintiún años á quien puerilmente consolaron los suyos por su propia muerte; pues entre otros, en el interior

del ataúd aparecía el siguiente letrero : « Este hermoso sarcófago en el que reposas no tiene parecido. Tu sepultura no puede ser más bonita. » En el fondo aparece el retrato del joven y en los lados interiores, pintadas en color, las doce figuras del zodiaco, correspondiendo la de capricornio, bajo cuyo signo naciera el individuo, á la cabeza del mismo. Todos estos detalles están acabados con exquisita pulcritud.

Allí, en la ciudad subterránea, trabajaban constantemente los embalsamadores bajo la vigilancia de los sacerdotes lúgubres que ceñían pieles de pantera y adornaban sus cráneos con cabezas de chacales, y allí pasaban los cadáveres por todas las operaciones del embalsamamiento, según la categoría y la fortuna de cada cual. El adorno fúnebre de un rey ó de una reina era de complicación verdaderamente fantástica. Pintores, orfebres, peluqueros, engalanaban los cuerpos embalsamados como si los dispusiesen para una fiesta nupcial, acostando á las mujeres en actitudes castas, con frecuencia en la posición en que se representa á la Venus de Médicis, velando sus encantos con el misterio mismo de la tumba. En la necrópolis de Tebas fué encontrada la momia de una madre joven estrechando sobre su corazón á un niño recién nacido. Les pulían las uñas, les alargaban las cejas, doraban los senos, trenzaban sus cabellos. Por desgracia, estos cuidados prolijos tuvieron su reverso en las groseras pasiones de algunos viles trabajadores, porque parece ser que desde la época de Ramsés no sin muchas vacilaciones eran entregados á los encargados de embalsamarlos los cuerpos de las jóvenes, que evidentemente se pretendía librar de toda profanación sacrilega espe-

rando los signos precursóres de la descomposición antes de dar la orden del embalsamamiento. Así y todo, durante un período de más de cinco mil años la costumbre de embalsamar los cuerpos era tan general, que la operación se practicaba hasta con los cadáveres de los animales.

*
**

No obstante estar ya en vida separado del resto de su pueblo, á pesar de que simbólicamente pertenecía ya al otro mundo, y aun cuando en apariencia consumiéndose en el desdén de una sociedad perpetua, parece ser que Ramsés II dividió su existencia entre el placer y la gloria, apurando hasta las heces de ambas copas durante el largo período de su triunfal reinado. En su harem, que poblaban variadas bellezas de África y de Asia, tuvo nada menos que ciento setenta hijos, sesenta y nueve de ellos varones, y parece ser que abrió su gineceo á una de sus propias hijas : todo le estaba permitido al faraón. Escribas, pintores y escultores celebraban sus menores caprichos, y en el palacio de Medinet-Abou puede verse el retrato de una de sus favoritas más queridas, completamente desnuda, dejándose acariciar por el gran rey ; ejemplo de moral pública emanado de lo alto.

Pero, todo ese apogeo de lujo de que acabamos de hablar, marca al mismo tiempo los primeros síntomas de la decadencia. Á las bronceadas egipcias envueltas en una especie de funda de telas ligerísimas que con frecuencia dejaban desnudos el busto y los brazos, suceden ya las asiáticas, más refinadas, de una

blancura nivea cubiertas de gasa transparente cuya impúdica coquetería estimulaba los deseos y apetitos carnales. Nuevas voluptuosidades llegan á sacar de su laxitud á los egipcios para arrastrarlos quizás á inmoralidad más deletérea como la constituida por los favoritos, los hermosos y los eunucos, ya sobradamente marcada en reinados anteriores. La capital del faraón era á un tiempo mismo la ciudad mística de los sacerdotes y de los muertos, el círculo resplandeciente de los guerreros, el centro del placer y de los negocios. Ni París ni Roma han ofrecido con posterioridad á los ojos del historiador, cuadro comparable al de Tebas y el Nilo en la época de Moisés.

¿Cómo no recordar que ese faraón desenterrado ayer es el mismo á cuyo yugo escaparon los seiscientos mil hebreos condenados á la esclavitud en la tierra de Gessen y ocupados en construir la ciudad de Ramsés en el delta del Nilo, siempre bajo la amenaza del látigo de los intendentes? Cansado del poder habíalo delegado en vida, y parece ser que el faraón del mar Rojo fué Meneftah, hijo de Ramsés. ¿Cómo no recordar que la época á que esos cuadros nos transportan, que ese rey de reyes, esa corte, esos palacios, esos templos, son anteriores de cuatrocientos años á Jerusalem y á David, de siete siglos á la fundación de Roma, y de cerca de dos mil años á los primeros reyes de Francia y á los orígenes de nuestra historia? Y sin embargo, el mundo existía entonces como hoy, los agricultores llevaban á sus graneros la abundancia, saqueaban los soldados las ciudades sometidas, los sacerdotes celebraban oficios que la piedad de los fieles seguía con atención devota, estudiaban los sabios

la naturaleza, los arquitectos edificaban palacios y templos, distribuían las cortesanas el placer, los comerciantes vendían sus géneros, surcaban las flotas mares y ríos, la vida bajo sus múltiples aspectos animaba las ciudades opulentas, y, como basto zumbido de colmena, su murmullo constante flotaba sobre la superficie del mundo egipcio. Desde Menelao hasta los Ptolomeos, ¡cuántos hombres notables! ¡cuántas mujeres deliciosamente hermosas, han pasado, desde Nitaqrit hasta Cleopatra, durante cinco mil años, por ese mundo resplandeciente de Egipto sucesivos! ¿Por qué vivieron? Mas allá de la momia con escrupulosidad adornada, más allá de la barca de Abidos, más allá del temido Amenti, ¿qué sol de ultra-tumba, qué luz innostrada, qué horizontes deseñocidos han encontrado en ese mundo del espíritu en demanda del cual parece gravitar la naturaleza entera? Si el alma del faraón pudiera hoy hacerse entender de nuestros oídos mortales, ella nos diría más, con una sola palabra, que cuanto pueda decirnos la momia ayer exhumada de su sepulcro. Sin duda alguna le deberíamos la demostración de que estaba juiciosamente inspirada la teoría exotérica de los sacerdotes de las riberas del Nilo que señaló al otro lado de la tumba, en los astros del infinito, las regiones de la inmortalidad.

*

**

En el tiempo en que todas esas glorias ya desvanecidas en el silencio del desierto cantaban las alaban-

zas de la vida; cuando las alegrías y los pesares, los placeres y los dolores, las agitaciones y las calmas, los amores y los odios, los deseos y las venganzas animaban esa humanidad que ha tiempo desapareció, entonces nosotros, galos ó francos, comíamos bellotas en los bosques salvajes, sacudida apenas la barbarie de la edad de piedra, viviendo como bestias feroces, de los productos primitivos de la caza y de la pesca, sin leyes, sin hogares, sin patria, sosteniendo sin tregua el rudo combate de la vida. Bosques inmensos, que los celtas comenzaban á labrar, cubrían la Galia, las riberas del Rhin, la Germania, por donde debían venir los francos, la Gran Bretaña casi desierta, así como Italia apenas poblada. Ningún profeta hubiera sido capaz de adivinar el sitio en que un día debían levantarse para reinar en soberanas, las dos brillantes capitales de la moderna civilización: Roma, y más tarde París. En los siglos de Menelao, de Kheops, de Khefrem, de Nitaqrit; en los tiempos de los Hiesos, de Abraham, de Amenofis, y aun en los días de Sesostris, Roma y París dormitaban en lo desconocido de las posibilidades futuras, y ninguna de nuestras lenguas actuales, de nuestras modernas ideas en filosofía, en religión, en economía política ó social, ni aun en las ciencias, había despuntado siquiera: sólo la astronomía comenzaba su era inmortal. Por virtud de las vicisitudes de las cosas, por la sucesión inevitable de los humanos tormentos, el flotante faro que resplandeciera sobre el Nilo atravesó el Mediterráneo para iluminar Grecia, Italia, Francia, y en tanto que sobre el Egipto hacíase la noche, en tanto que todos esos esplendores abandonados caían ruinosos, que su misma

engua desaparecía y que la esfinge de cerrada boca quedábase sola al pie de las pirámides, tal un símbolo funerario, Francia y París, lenta, progresivamente, alzábanse en medio de la luz y de la gloria, para derramar un día sobre el mundo, á manos llenas, las flores brillantes de la civilización, las conquistas de la ciencia, las simientes generosas de la manumisión intelectual y de la libertad.

El flujo de las mareas históricas arroja hoy á Ramsés II en medio de esta región, entonces bárbara, y lo arroja embalado y facturado, á modo de bulto, y lo expide de mano en mano, del Cairo á Marsella y de Marsella á París hasta que, rodando, vaya á dar á cualquier vitrina del Louvre. Triste destino, pero más noble que el que cupo á Luis XIV cuyas cenizas fueron aventadas, á Voltaire arrojado al Sena, ó á los que vieron desde el otro mundo utilizados sus cuerpos para tapar las brechas de un muro hendido. Sea cual fuere el destino, es lo cierto que las cosas pasan con rapidez vertiginosa sobre la superficie de la Tierra. Quién sabe lo que de aquí á cinco mil años subsistirá de las actuales. Tal vez entonces las ondas del mar rodarán como en otro tiempo sobre París y sobre Londres, y la presidenta de la república de los Estados Unidos de Asia enviará desde el Himalaya una comisión de buzos con encargo de buscar en el sitio en que estuvo emplazada la cúpula de los Inválidos cualquier resto auténtico de un Sesostris francés que haya quedado en la historia como resto discutible..... Una vez más, el foco de la civilización habrá entonces cambiado de emplazamiento, y á su vez nuestra hermosa Francia, después de haber bri-

llado largo tiempo como estrella de primera magnitud, dormitará, extinguida con nosotros, en los recuerdos del pasado.

.....
¡ Y la Tierra girando siempre !

¿QUÉ ES LA VIDA?

N hace aún mucho tiempo que los periódicos comentaban todavía el extraño experimento practicado según se dice en la cabeza de Lapommerais por el doctor Velpeau algunos segundos después de la decapitación de aquel infeliz. Parece ser que la víspera del día fatal el célebre cirujano estuvo en la celda de su *colega*, y afectando creer en la probabilidad de un indulto, le dijo sin embargo que, en el caso de ocurrirle una desgracia, porque, al fin y el cabo todos somos mortales, podía prestar á la ciencia un inmenso y ruidoso servicio.

— Usted tuvo siempre gran cariño á nuestra ciencia predilecta, — parece que le dijo, — y, como usted sabe muy bien, tenemos aún en la medicina muchos misterios insolubles. ¿ Quiere usted que nos asociemos para una experiencia decisiva? Pues, cuando le corten la cabeza, yo diré á su oído: — « Lapommerais, ¿ me oye usted? » Y, en recuerdo de nuestro convenio, usted bajará tres veces el párpado del ojo izquierdo. El nombre de usted será inmortal. — Y las crónicas añaden que, con efecto, Velpeau subió al patíbulo en el momento de la ejecución; que tomó la cabeza del ajusticiado, que le habló al oído, y que el párpado del